

Rumiando la Palabra

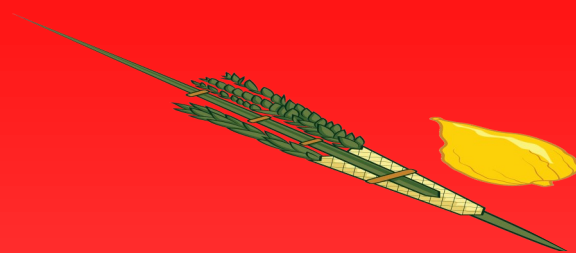


Con el Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, que conmemora la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén donde tendrá lugar su muerte en la cruz, comienza la Semana Santa. Son los últimos días de la vida terrena de Jesús. Su Pasión y Muerte en la cruz que, como explosión de luz, se abrirán a su gloriosa resurrección.

La entrada triunfal del Señor se describe en los cuatro Evangelios y tiene, como marco, la peregrinación festiva que el pueblo de Israel realizaba cada año a Jerusalén, para recordar la liberación de Egipto, y el tiempo que pasaron viviendo en chozas, después de pasar el mar Rojo, en el desierto camino de la tierra prometida.



Cada año, los fieles israelitas, peregrinaban a Ciudad Santa. Subían al Templo –lugar de la presencia del Dios vivo– agitando un ramillete formado por ramas de palma, mirto y sauce símbolos de la fe, la oración y el silencio del creyente ante Dios, unidas por una brizna de césped. Durante este tiempo vivían en tiendas.



Para el historiador judío Flavio Josefo era *"la más santa y la más grande de las solemnidades"* y se caracterizaba tanto por el júbilo como por las exclamaciones de gozo (Is 12,6; 42,1-2; 44,23; Jer 31,7; Zac 9,9). Durante la misma se iba cantando *"¡Hosanna!"*, expresión que se encuentra con cierta frecuencia en la Biblia, para pedir a Dios el don de la salvación.

Anunciaba, de igual modo, la futura resurrección de los muertos (Is 26,19). La liturgia oriental, en uno de los que cantos, así lo celebra diciendo:

"Oh Cristo, Dios, que estás en el cielo y en la tierra. Súbete al asno. Que las alabanzas de los Ángeles y los vítores de los judíos te sean gratas ¡Bendito eres tú que vienes a resucitar a Adán!"

Siguiendo la tradición del pueblo escogido, el esperado Mesías debía de manifestarse durante esta fiesta. Ya el profeta Zacarías (9, 9) lo había anunciado diciendo: *"¡Alégrate hija de Sion, alégrate, hija de Jerusalén! Mira a tu rey que viene a ti; es justo y trae salvación, humilde y montado en un asno, en un pollino de un asno"*). Por otro lado en Il Reyes 9, 13 se lee que una vez que se había ungido al rey de Israel, se extendía mantos sobre el empedrado que conducía al trono. De este modo se significaba su coronación.

En esta ocasión, y para cumplir todo lo anun-



ciado antaño por los profetas, una multitud gozosa sale al encuentro de Jesús, aclamándolo como mesías e hijo de David. Extienden sus mantos sobre el camino que recorre: lo llevará a su trono de la cruz. Desde ella reina. Venancio Fortunato lo recoge en el himno **"Vexilla Regis"** *"Dios reinó desde el madero"* y la Iglesia lo celebra a través del tiempo. La contemplación de este misterio lleva a proclamar: *"Jesucristo es el Señor"* (Fil 2, 8-11).

A Romano el Cantor –llamado "el Píndaro de la poesía rítmica"– rumiando este misterio, le saldrá del corazón este texto que se sigue cantando en la liturgia orienta:

"Aquí está nuestro Rey, el manso y pacífico, cabalgando sobre un asno joven. Se apresura a sufrir la pasión para erradicar las pasiones. La Palabra está sentada sobre un animal, porque quiere salvar a los seres dotados de razón".

En la antigüedad los animales dignos de ser montados por un rey eran los caballos. Jesús entra en Jerusalén a lomos de un pollino. Es un rey diferente. Elige ser transportado por el animal más humilde y servicial, que siempre está cerca de las personas que trabajan; sus insignias son la paz y el perdón.

Orando en la escuela de los salmos



Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre, si tanto lo quiere.» R.

Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos. R.

Se reparten mi ropa,
echan a suertes mi túnica.
Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. R.

Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.
Fieles del Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, glorificadlo;
temedlo, linaje de Israel.

El Domingo de Ramos lleva la matización de "en la Pasión del Señor". El salmo 21 (22) nos ayuda a profundizar, en un clima orante, lo que en este día celebramos en comunión con toda la Iglesia.

Sobrecogen las primeras palabras del mismo, que la asamblea de los fieles lo recibe brotando del corazón de Cristo. Se conserva el texto original.

Es un pasaje de gran desolación salpicado de sangre y lágrimas, imágenes "bestiales", de sabor típicamente oriental, a la vez que nos muestra un cuerpo humano dislocado, con la respiración agitada, las manos y los pies completamente destrozados.

A su alrededor el silencio de Dios y la brutalidad de los hombres, que ya se reparten su herencia convencidos de que se trata de un maldito (ver 19).

Lo que se nos muestra, de una manera dramática, es la muerte de Jesús en clave orante. Cada uno de los evangelistas tiene su propia forma de comunicar esta comprensión divino-humana. Según Lucas, Jesús muere con unas palabras tomadas del Salmo 31: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23,46). Con una gran confianza entrega su vida al Padre y expira. Este texto se saborea el Viernes Santo.

Los sinópticos Mateo y Marcos evocan el grito de abandono de Jesús como última palabra: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Pero, de pronto, en el desarrollo del salmo, el lamento del inicio se transforma en himno de acción de gracias (vv. 23-27). De la desesperación a la esperanza, de la muerte a la vida, del sepulcro a la resurrección.

"¡Esto es lo que ha hecho el Señor!"

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

**Domingo de Ramos
en la Pasión del Señor "A"**



Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos (...) al oír que Jesús venía a Jerusalén, tomaron ramos de palmeras y salieron a su encuentro gritando: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel!». Encontrando Jesús un pollino montó sobre él, como está escrito: «No temas, hija de Sión; he aquí que viene tu Rey, sentado sobre un pollino de asna».